

JUAN MAURA Y GELABERT

CARTA PASTORAL

11 de diciembre de 1904



Biblioteca Saavedra Fajardo, 2011



Transcripción y revisión ortográfica de Miguel Andúgar Miñarro.

Agradecimientos: Don José Manuel Ángel Muñoz.

Edición realizada a partir de: Maura y Gelabert, Juan. *Carta pastoral del Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Juan Maura y Gelabert, Obispo de Orihuela, a sus Diocesanos. 3ª sobre la Democracia cristiana.* Orihuela: Imp. de Cornelio Payá, 1904.



NOS, DR. D. JUAN MAURA Y GELABERT,
Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Obispo de Orihuela, etc.

A NUESTROS DIOCESANOS.

AMADOS HIJOS:

Decíamos en la última Pastoral que la esencia de la democracia está compendiada de este principio: «Hay en una sociedad humana una jerarquía de deberes, según la cual, el que más puede, más debe, y el que menos puede más recibe» En la práctica de este principio se encuentra la única igualdad posible en el orden social, y la verdadera justicia distributiva, en cuya virtud todos participan, en la medida que consiente la naturaleza de las cosas humanas, de los bienes de la tierra.

El socialismo lo entiende de muy distinta manera: pretende que todos los individuos puedan y deban recibir por igual.

Parece, a primera vista, que las aspiraciones del socialismo, llevadas a la práctica, realizarían en toda su extensión y pureza el ideal democrático; pero basta ahondar un poco en la materia para echar de ver en seguida que tales aspiraciones, sobre ser utópicas, están en pugna con la verdadera democracia. Vamos a examinar este punto con alguna detención.

I.

Los elementos constitutivos de la verdadera democracia son la libertad, la igualdad y la fraternidad.

A nosotros que hemos sido educados en las divinas máximas del Evangelio, no nos asusta ni alarma este lema, por más que de él hayan usado y abusado las sectas revolucionarias, porque, tomado en su recto y genuino sentido, está muy conforme con la sana razón y con los principios de nuestra fe católica.

Sí, A. H., nuestra democracia quiere y reclama igualdad, libertad y fraternidad, porque estas ideas eminentemente cristianas e hijas legítimas del Evangelio, del cual



descienden en línea recta, son las que han engendrado el verdadero concepto de la democracia.

Analicemos estas ideas, empezando por la de la *libertad*.

El individualismo anticristiano y ateo ha escrito en las constituciones y en las leyes modernas esta palabra, como cifra y resumen de toda cultura y todo progreso; y, sin embargo, a la sombra de esta palabra mentirosa, se ha cometido y legitimado todo linaje de abusos, de coacciones y tiranías en beneficio de unos pocos que, más listos o más afortunados, han conseguido imponer un yugo odioso a las demás clases sociales, y muy singularmente a la numerosísima de obreros y proletarios.

No es nuestro ánimo, A. H., ¡Dios nos libre de ello!, concitar las pasiones ni avivar los odios de clase que tan frecuentemente estallan en nuestros días con gravísimo detrimento de los intereses comunes; no queremos sino señalar hechos que bien a la vista están, e investigar las causas, para buscarles el oportuno remedio. Por lo demás, nadie ha pintado estos hechos con tan vivos colores como el inmortal Pontífice León XIII, cuyas palabras, aunque las hayamos consignado ya en otra Carta Pastoral, creemos oportuno reproducir.

«Vemos claramente, dice, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, puesto caso que, sin merecerlo, se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa. Pues, destruidos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión de nuestros padres, poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y a la desenfrenada codicia de sus competidores - A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Júntase a esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos» (*De cond. Opif.*)

Es indiscutible, pues, A. H., que, a pesar de la libertad de que tanto blasonamos, hay en nuestras sociedades una clase numerosísima subyugada y



esclavizada por el intemperante egoísmo de los opulentos poseedores de las riquezas. ¿Qué extraño, pues, que los oprimidos trabajen por sacudir ese yugo ignominioso que les hace esclavos de todos los horrores de la miseria? ¿Qué extraño que viéndose engañados con promesas de mentida libertad y concesión de derechos ilusorios, reclamen con urgencia y en actitud amenazadora el cumplimiento de lo pactado?

La mentira tiene también su lógica fatal e inflexible. El individualismo racionalista prometió a los hijos del pueblo libertad, igualdad y bienestar sin límite ni medida, pero no cumplió sus promesas, y las clases desheredadas corren a buscar por su propia cuenta y por otro lado lo que sus falsos profetas no supieron o no quisieron darles, corren a buscar en el *socialismo* la destrucción de todo lo existente para reconstruir sobre otras bases la moral, el derecho y la sociedad, y preparar de este modo el advenimiento de una era de común y universal prosperidad y bienandanza.

Desgraciadamente, A. H., este movimiento de las clases obreras, muy legítimo en su origen y bien justificado en sus causas, se ha desviado de su cauce natural, emprendiendo caminos de perdición. Los infelices, mal aconsejados, cifran todas sus esperanzas de salvación en el *socialismo*, creyendo de buena fe que éste ha de redimirles de la odiosa esclavitud, y derramar sobre ellos todos los dones de la felicidad y la abundancia, cuando, en realidad, ninguna de las dos cosas se lograrían por este medio; porque el socialismo no es *libertad*, ni mucho menos como algunos se figuran, sino *esclavitud* de todos, sin verdadera libertad para nadie. Para convencerse de ello, basta leer lo que sus mismos apóstoles y panegiristas escriben acerca de la futura organización de la sociedad humana que ellos fantasean a su antojo.

Dejando a un lado pormenores que no se avienen bien con la índole de un escrito pastoral, resumiremos en líneas generales las aspiraciones del socialismo, para que veáis que su realización sería el acabamiento y la muerte de toda libertad, a pesar de que en su nombre quieren los socialistas realizarlas e imponerlas.

En el Estado socialista se proscriben en absoluto y queda por siempre abolida toda propiedad individual, pasando ésta íntegramente a manos de la colectividad, la cual será dueña y árbitra de la tierra y de todos los instrumentos y medios de producción y *de la producción misma*; para el individuo no queda más que el deber de trabajar en



beneficio del común y el único derecho de percibir el producto de su trabajo *la parte que le corresponde, según la medida de sus necesidades.*¹

Salta a la vista, A. H., que en una sociedad así constituida, en una sociedad esencial y exclusivamente *productora*², en la que todos tienen el deber de trabajar y el derecho a vivir del producto del trabajo, es indispensable que haya quienes se ocupen de ordenar y regularizar la producción y consumo, fijando la cantidad y calidad de lo que haya de producirse, para distribuirlo después equitativamente entre los asociados, según las necesidades de cada uno y la naturaleza y duración del trabajo que se practique; a menos que se pretenda que cada individuo trabaje a medida de su gusto o a su antojo, y se apropie del producto del trabajo común todo lo que en la voluntad le viniere; con lo cual es evidente que se obtendría, no la sociedad pacífica y productora con que sueñan los socialistas, sino sencillamente grupos hostiles de individuos que se disputarían la presa, destrozándose unos a otros.

Habría, pues en el Estado socialista, como hay en las sociedades actuales, directores y dirigidos, patronos y obreros, con la notable particularidad de que estos tendrían que vivir sometidos a la férula de aquellos no sólo en la elección y duración del trabajo, sino también, y muy principalmente, en la repartición del patrimonio común, la cual debería hacerse con arreglo a las necesidades de cada individuo, siendo estas necesidades apreciadas y fiscalizadas por la colectividad, para evitar que nadie percibiese más de lo que en justicia le correspondiese, alegando necesidades fingidas. En suma, A. H., todo estaría sujeto a una minuciosa inspección y a la rígida tutela del Estado; todo sería objeto de una vigilancia escrupulosa y detallada; todo sería tasado y medido al por menor, el alimento, el vestido, la habitación, el lugar, las horas y clase de trabajo en que cada cual debería ocuparse, y, en fin, los más mínimos detalles de la vida.

Los socialistas proclaman como axioma sociológico el derecho del obrero a percibir el *producto integro de su trabajo*, y, poseídos de filantrópico celo, increpan duramente al patrono que retiene para sí una parte de dicho producto, y califican de *robo* este hecho. Pero lo notable es que las teorías socialistas aprueban y sancionan semejante robo, pues no otorgan al obrero más que una parte del producto, de su propio

¹ Así lo declara Marx, y se consigna en los programas de Gotha (1875) y de Erfurt (1891)

² La sociedad no ha de ser otra cosa que una gran compañía productora; dicen los Doctores del socialismo



trabajo, la que sea menester para cubrir sus necesidades, debiendo el remanente ir a engrosar el capital colectivo. Con razón, pues, les arguye en estos términos un sociólogo contemporáneo: «Si es un robo el no dar al obrero el producto íntegro de su trabajo, vosotros sois los primeros en cometerlo, y en proporciones mucho más graves.

No sólo negáis al obrero el producto íntegro de su trabajo, sino que le dais apenas lo bastante para sus necesidades –el remanente debe ir al capital común»³

Ya comprenderéis, A. H., que, en una sociedad organizada en esta forma y con tales elementos, la libertad individual quedaría, si no aniquilada, aherrojada, al menos, en las cadenas de la más odiosa e insoportable de todas las tiranías. El socialismo, pues, equivale a la abolición de toda *libertad*, llevada a efecto en nombre de la libertad misma, digan lo que quieran sus defensores.

Así lo comprenden y afirman con la terrible lógica que les presta el error mismo, los anarquistas. Veamos cómo algunos de los más renombrados esgrimen esta arma contra el socialismo.

Dice uno de ellos: «No tenemos por qué ocuparnos en rechazar las objeciones hechas contra el comunismo autoritario; *nosotros mismos levantamos acta contra ellos*. Harto han sufrido las naciones civilizadas en la lucha que había de concluir por la manumisión del individuo para poder renegar de su pasado, y tolerar *un gobierno que viniera a imponerse hasta en los menores detalles de la vida del ciudadano*, aun cuando ese gobierno no tuviese otro objetivo que el bien de la comunidad. *Si alguna vez llegase a constituirse una sociedad comunista autoritaria, no duraría, y bien pronto se vería obligada, por el descontento general, a disolverse, o a reorganizarse sobre principios de libertad.*»⁴

Dice otro: «Los socialistas autoritarios *que sacrifican la libertad del individuo a la regularidad del engranaje social*, sueñan con transformar todas las ramas de la actividad humana en *servicios públicos*...

El más grave inconveniente de este sistema es que creará un innumerable ejército de funcionarios que recibirán su impulso de un solo motor, el cual poseerá un poder formidable. Este motor-Estado, regulando la producción y el consumo, uniendo el poder económico al poder político, unificando poco a poco la vida de todos los

³ BALLERINI, *Análisis del socialismo contemporáneo*, cap XVI

⁴ KROPOTKINE, *La conquista del pan*, traduc. Castellana, Valencia 1901, pg. 140



miembros del cuerpo social, *acabará por absorber toda iniciativa privada, por aniquilar toda libertad.*»⁵

No son únicamente los anarquistas los que atacan al socialismo por ese flanco; también algunos de los más conspicuos socialistas reconocen que la tutela del Estado y su intervención en todos los pormenores de la vida del individuo serían la muerte de la libertad individual y de toda libertad.

Dice uno de ellos «El permitir que cada individuo aprecie sus propias necesidades, es el *mínimum* de libertad que puede concederse. Si los medios de alimentarse e instruirse fuesen proporcionados a cada cual con arreglo a una tarifa, nadie podría vivir ni instruirse según sus inclinaciones y entonces adiós libertad. Por eso se pregunta si el socialismo deja a cada cual la libertad de medir sus necesidades. Sin no le deja, es enemigo de toda libertad, de toda persona, de toda civilización, sin esperanza de poder desarraigar las más íntimas inclinaciones del hombre»⁶

Sin embargo, estas dificultades no arredran al autor de las líneas transcritas ni tampoco a los demás socialistas, confiados en que, una vez implantado su régimen económico, todas las cosas se arreglarán de modo que viviremos en el mejor de los mundos posibles, y aplazan para aquella edad dichosa la resolución de los graves problemas que habría de suscitar la implantación del socialismo, problemas que hoy no saben resolver, o que, a lo sumo, resuelven con vaguedades o con soluciones evidentemente utópicas.

II.

Veamos ahora si el socialismo establecería la igualdad que nos promete y que constituye el supremo anhelo y el ideal de sus ilusos partidarios.

La gran mayoría de ellos *quieren la absoluta igualdad de todos y en todo, sin distinción alguna de sexo ni de origen.*

Otros, los menos, arredrados por los gravísimos inconvenientes que ofrecería la implantación del socialismo *radical*, admiten algunas desigualdades;⁷ pero no paran mientes en que de ellas habría de originarse diversidad de *derechos y deberes* que, por

⁵ C. MALATO, *Filosofía del anarquismo*, cap. V.

⁶ SCHAFFLE, apud Carthein en la obra *El socialismo, su valor teórico y práctico*, cap. III, art. 2º

⁷ Marx y Engels califican de *verdadero derecho* las desigualdades naturales, y califican de *absurdo* su negación.



la fuerza misma de las cosas, acabarían muy pronto con el régimen socialista, socavándole por su propia base, pues es obvio que, introducida en una sociedad diversidad de derechos y deberes, reaparecen en seguida las *clases y jerarquías*, tan odiadas de los socialistas, incluso los *moderados*, y del todo incompatibles con la esencia del socialismo.

Pero vengamos ya al fondo de la cuestión. La igualdad absoluta *en todo y de todos*, ¿es posible? Si se implantara a expensas de la libertad individual y contrariando abiertamente la más legítimas tendencias de la naturaleza humana ¿qué resultado daría?

Por lo que toca a las desigualdades consideradas en sí mismas, como un fenómeno social, ya en otra parte⁸ hemos probado con alguna detención que son inherentes a la naturaleza humana e inseparables de ella; que el bien y la armonía de la colectividad las exigen, que están providencialmente compensadas, en parte, al menos; y que esta compensación resaltaría más y más, si se hiciese de ellas un uso racional y cristiano.

No hemos de repetirnos. Aquí solo tratamos de probar que la *igualdad socialista* es la anulación del individuo y la ruina de la sociedad.

Largamente se ha escrito en pro y en contra de este tema. Nos limitaremos a resumir con la brevedad posible los puntos capitales.

Uno de éstos es la *distribución del trabajo*.

Porque claro está, A. H., que en una sociedad, cual quieren constituir la los socialistas, en la que todos deberíamos trabajar por igual en beneficio del común, sin que el individuo tuviese más remuneración que una parte alícuota del producto, parte exigua, la indispensable para satisfacer sus necesidades, habría que organizarse el trabajo de una manera especial, y distribuirse equitativamente entre los asociados, entendiéndose aquí por equidad la *igualdad absoluta para todos*.

Mas ¿cómo ha de establecerse esta *igualdad*? El trabajo manual, del que a nadie eximen los socialistas, es muy variado y de muy distinta índole y naturaleza en unos casos que en otros. Si se deja a la iniciativa y *libre* elección del individuo, ¿creéis que serán muchos los que tengan bastante abnegación por escoger para sí el trabajo más pesado o el más fastidioso y antipático? ¿Los que tengan suficiente caridad o altruismo para dejar a los otros el más fácil y agradable? Y si la sociedad misma se encarga de

⁸ Pastoral de 7 de Marzo de 1897



repartirlo, ¿podrá obtenerse la verdadera *igualdad*, si no es obligando a *todos* a practicar por *turno* a toda clase de trabajo, sea, o no, del gusto del obrero, y esté, o no, en armonía con sus fuerzas y aptitudes? Los socialistas optan por esta solución, asegurando que ellos arreglarán las cosas de manera que todos los individuos sean aptos para todo, es decir, para toda clase de trabajo que la sociedad les señale, y para toda clase de cargos que les confíe.

Mentira parece, A. H., que puedan hacerse en serio, si es que en serio se hagan, semejantes afirmaciones; porque, para asegurar que en el Estado socialista todos hemos de tener aptitud y habilidad para todo, es necesario estar convencidos de que la nueva organización social que se proyecta, cambiaría radicalmente la naturaleza del hombre en la parte física y en la intelectual y moral. Y ¿puede existir en un entendimiento sano semejante convicción? Ciertamente que la naturaleza humana, con la educación y la influencia del medio ambiente, puede ser modificada y perfeccionada muy notablemente; pero que pueda experimentar un cambio *radical*, que pueda transformarse en su *esencial* e íntimo modo de ser, como lo pretenden los socialistas, mucho dudamos de que haya quien lo crea sinceramente.

Y, no obstante, ahí están para asegurarlo muy en serio, al parecer, los corifeos del socialismo. El individuo, dice Marx, es hoy *incompleto*; cuando, en el régimen socialista, haya alcanzado *perfecto desarrollo*, entonces cada obrero tendrá *absoluta aptitud* para toda clase de trabajos. Y otro (Bebel) añade que la instrucción y los conocimientos técnicos que la organización socialista proporcionará a todos los individuos, los hará *aptos a todos* para cualesquiera funciones y trabajos. Y hasta se aventura a afirmar que la diferencia de aptitudes y condiciones de la mujer es *efecto de la esclavitud* y de la constitución actual de la sociedad; y que, cambiando ésta, cambiarán también gradualmente las condiciones del sexo!!!

Son tan gratuitas y disparatadas estas hipótesis, y encierran tantas enormidades contra el sentido común, que no nos parecen exageradas las siguientes frases de un sociólogo contemporáneo. «En el terreno del socialismo es grande el número de los que explotan a la gente sencilla. No siempre son ellos mismos víctimas del error; frecuentemente conocen los defectos de las armas que manejan, pero conocen también que el infortunio y las pasiones no suelen examinar las cosas muy de cerca»⁹

⁹ C. D'EICHTHAL, *Socialismo, comunismo et collectivisme*, Paris, 1901. Pag.228



Pero concedamos por un momento que llegan a ser allanadas todas las dificultades, obteniéndose una distribución del trabajo *igual en todo para todos*.

Aparte de que esto anularía la libertad individual, pues no tendríamos ni iniciativa ni libre elección porque cada cual debería recorrer por riguroso turno (si no, acabóse la *igualdad*) todas la escala del trabajo, desde el más ínfimo al superior, desde más rudimentario al más complicado, desde el más innoble al más honroso; de ahí había que resultar forzosamente que nadie llegaría a adquirir, para ningún género de trabajo, aptitudes, no digo superiores, pero ni siquiera mediana, pues en ninguno pudiéramos ejercitarnos sino muy de tarde y por muy poco tiempo. En tales circunstancias, bien se puede asegurar que se haría imposible todo progreso en las ciencias, en las artes, en la industria, en el comercio y en todas las restantes, manifestaciones de la actividad humana.

Porque ¿a quién no se le alcanza, A. H., que el inmenso desarrollo que todas esas cosas han alcanzado en nuestros días, es debido, por un lado, a la *libre* iniciativa individual, y, por otro, a la *desigual* distribución del trabajo, la cual produce especialidades en cada ramo, y es, además, despertador y acicate del ingenio? Si *todos* hubiésemos de aplicar, por igual y alternativamente, nuestras facultades mentales y fuerzas físicas a los innumerables objetos en que hoy se ejercita la actividad humana, y que constituyen la esencia misma del progreso, ¿qué utilidad práctica ni qué adelanto positivo aportaríamos con nuestro insignificante trabajo a las ciencias, a las artes, a la industria, etc., etc.? Si con estudio constante y no vulgar talento apenas si se puede lograr nada más que un conocimiento superficialísimo de los innumerables ramos en que hoy se divide el saber humano y de sus múltiples y variadísimas aplicaciones, ¿cómo se quiere que todos tengamos aptitud, no ya para conocerlas superficialmente, sino para cultivarlas con fruto y contribuir de una manera eficaz a su progreso?

Añádase a esta dificultad, de suyo gravísima, otra no menos grave, a saber, que, para los venturosos días de su felicísimo reinado, nos prometen los socialistas aligerar en lo posible el trabajo, haciéndolo sumamente fácil, agradable y recreativo, y, sobre todo, de muy corta duración. Con *dos o tres* horas al día (así lo asegura Bebel) tendremos lo suficiente para cumplir con nuestra obligación, y acrecentar la riqueza común con la cual se atenderá holgadamente a las necesidades de todos. Lo restante del tiempo podremos dedicarlo al placer y la holganza!!!



Mucho tendría que cambiar la naturaleza humana para obtener, en tales circunstancias, algún género de progreso. Éste ha sido siempre laborioso, lento y gradual en su marcha y en todas sus evoluciones, y no puede ser de otra manera, porque así lo exigen la naturaleza de las cosas y el limitado poder de nuestras facultades. No es necesario insistir en verdad tan obvia y tan de sentido común. Bastará que hagamos constar que, una vez establecido este sistema, o se ha de renunciar al progreso, o se ha de hacer tabla rasa de la *igualdad*, dogma fundamental de la comunión socialista.

A propósito de la *igualdad*, no podemos menos de reproducir, A. H., otro argumento poderosísimo con que se confirma más y más la imposibilidad absoluta de alcanzarla, sea cualquiera la organización que se dé a las sociedades humanas.

Acabamos de ver que es imposible hacer iguales en todo a los individuos de una misma agrupación; pero no lo es menos establecer igualdad perfecta entre las diversas colectividades o agrupaciones esparcidas por la superficie de nuestro planeta. Todas las objeciones que se presentan contra la *desigualdad individual*, pueden presentarse, y con más fuerza, contra las *desigualdades colectivas*, y todos los inconvenientes y dificultades que aquella ofrece, multiplicados y agravados los ofrecen éstas también.

Oíd, si no, lo que a éste intento dice un escritor «Nuestro planeta es muy desigualmente favorable a ser habitado por el hombre. La latitud, las condiciones geológicas o mineralógicas, la configuración del suelo, la proximidad de ríos, mares o costas accesibles, y otros mil elementos, hacen que tal continente, tal región, tal valle, tal llanura, sean extraordinariamente favorables desde el punto de vista de la producción, mientras que los otros son muy estériles o se prestan poco a la explotación agrícola o industrial. ¿Quién habrá de aprovecharse de esta natural superioridad de ciertas partes de nuestro globo? ¿A qué grupo de población habrán de adjudicarse las ventajas que ellas proporcionan?... ¿Por qué, v.g., las agrupaciones vecinas a los Eldorados tan favorecidos por la naturaleza, no han de pedir participación en la riqueza que éstos poseen? ¿Con qué razones se las convencerá de que no han sido desatendidos sus derechos de habitantes del planeta, cuando ven que sus vecinos poseen tesoros de que ellas están privadas? ¿Se alegrará el privilegio que tiene el primer ocupante? ¿Es que semejante privilegio es más legítimo para una tribu o un pueblo que para un individuo? ¿No es, por ventura la casualidad o la fuerza, sancionada por la prescripción, lo que ha hecho que el grupo propietario de la providencia privilegiada pudiese exclamar como el



atrevido hombre de Rousseau: esto es mío, y rodease su propiedad, si no de un foso, al menos de fronteras defendidas por leyes, y, en caso necesario, por las armas? Y ¿por qué lo que constituye un hecho reprobable, cuando lo realiza un individuo, ha de ser respetable cuando lo realiza una agrupación en provecho de muchos, pero con detrimento de muchos más?¹⁰

Oíd el mismo argumento expuesto en distinta forma por otro sociólogo contemporáneo. Establecido el socialismo «habría agrupaciones o comunes que, con su laboriosidad y favorecidos por las circunstancias, se enriquecerán extraordinariamente, mientras que otros caerían en la extrema miseria. Y suponiendo que los comunes serían económicamente independientes, y tendría cada uno su propiedad, ¿sus miembros serían libres para abandonar una agrupación y establecer en otra? Y ésta ¿vendría obligada a tolerar la inmigración de los forasteros? Si puede expulsarlos, piérdese la moderna libertad y volvemos otra vez a la vinculación del territorio; si debe tolerarlos, entonces es imposible regularizar sistemáticamente el trabajo, porque se ignora de qué fuerzas permanentes se puede disponer. Los comunes mejor situados se verían inundados de habitantes, los demás quedarán desiertos»¹¹

Ya lo veis, A. H., la *igualdad* con que sueña el socialismo es absolutamente imposible desde todos sus puntos de vista, y sea cualquiera la organización y forma que quiera darse a la sociedad o a las agrupaciones humanas.

Oímos que se nos objeta: Si la *igualdad* que el socialismo proclama, es irrealizable, habremos de renunciar para siempre a la *democracia*, puesto que, según vosotros mismos afirmáis, ésta se funda inmediata y esencialmente en la *libertad* y la *igualdad*.

Ya dijimos al empezar, A. H., que en la humana sociedad no ha de buscarse la *igualdad absoluta*, sino la que consiente la *naturaleza de los hombres y de las cosas*. Ahora añadimos que la *igualdad* a que aspira la democracia cristiana, es muy superior a la *igualdad socialista*; y que es la única racional y realizable, la única que puede resolver, en cuanto cabe, el problema social.

No quiere la *democracia cristiana* que las cosas continúen como están, no quiere, no, que el obrero esté solo e indefenso, o tenga que luchar con armas desiguales contra la rapacidad de la usura y la codicia y el egoísmo de los patronos, «cuya única

¹⁰ C. D'EICHTHAL, *oper. cit.* pag. 147-49.

¹¹ CATHEREIN, *oper. cit.*, Cap. III, art. I. 2º



preocupación es, ha dicho no recuerdo quién, redondear la *cifra de sus dividendos.*» Quiere la democracia cristiana proporcionar al obrero medios justos y legales de resistencia para que pueda hacer frente a las extralimitaciones del capital, y, de este modo, nivelar, en cuanto sea posible, las desigualdades que existen entre éste y el trabajo, entre los que poseen y los que no poseen. Uno de estos medios, el más eficaz, sin duda, son las asociaciones de obreros que, organizadas cristianamente, habrían de producir, en el orden social, opimos frutos de concordia, de paz y prosperidad, compañeras inseparables de la verdadera democracia.

Mucho pudiéramos decir de semejantes asociaciones, pero lo reservamos para ocasión más oportuna. Por ahora solo os diremos que con ellas se borraría en gran parte la *desigualdad* económica, funesto origen de perpetuas rivalidades entre ricos y proletarios, porque quedarían poco menos que nivelados los derechos de unos y otros con la mayor suma de deberes que a los primeros impone la caridad, la posición social y aquella *cristiana jerarquía*, de que antes os hablábamos, según la cual *el que más puede, más debe, y el que menos puede más recibe.*

Por eso León XIII recomienda muy encarecidamente esas asociaciones, esperando de ellas grandes ventajas para el obrero. Oigámosle una vez más: «Si los ciudadanos tienen libre facultad de asociarse, como, en verdad, la tienen, menester es que, tengan también derecho para elegir libremente aquel reglamento y aquellas leyes que se juzga les ayudarán mejor a conseguir el fin que se proponen. Cuál haya de ser en cada una de sus partes esta organización y reglamento de las asociaciones de que hablamos, creemos que no se puede determinar por reglas ciertas y definidas, puesto que depende esta determinación de la índole de cada pueblo, de los ensayos que acaso se han hecho de la experiencia, de la naturaleza del trabajo y de la cantidad de provechos que deja, de la amplitud del tráfico y de otras circunstancias, así de las cosas como de los tiempos, que se han de pesar prudentemente. Pero en cuanto a la substancia de las cosas, lo que como ley general y perpetua debe establecerse, es que, en tal forma se han de constituir y de tal manera gobernarse las asociaciones de obreros, *que les proporcione medios aptísimos y los más desembarazados para el fin que se proponen, el cual consiste en que consiga cada uno de los asociados, en cuanto sea posible, un aumento de los bienes de sus cuerpo, de su alma y de su fortuna*» (*De condit. Opif.*)



III.

Réstanos ahora ver si la *fraternidad* verdadera se encuentra en el socialismo.

El concepto de *fraternidad humana* es, A. H., esencial y eminentemente cristiano, y en vano será lo que busquéis fuera de las páginas del Evangelio.

Y, a la verdad, este concepto se deriva de un Dios creador, conservador y ordenador providentísimo de todas las cosas, y Padre amorosísimo de la criatura racional, hecha a imagen y semejanza suya, y destinada a amarle y poseerle y gozarle eternamente. ¿Qué vínculo de fraternidad puede unir a los hombres entre sí, si dejan éstos de considerarse hijos de un mismo Padre y coherederos de una misma gloria? Borrad esta idea, y la fraternidad es una palabra vacía de contenido, y completamente ineficaz para despertar en los corazones humanos sentimientos de verdadero amor.

No insistiremos en esta idea, porque ya la explanamos suficientemente en la Pastoral anterior. Aquí sólo os diremos que el socialismo es, por confesión propia, ateo y materialista; no tiene otra religión ni otros dioses que el *trabajo*, la *producción* y el *consumo*, y sólo a ellos rinde culto y vasallaje. Y, siendo esto así, ¿en qué idea levantada, en qué sentimiento noble puede establecer el humanitario principio de fraternidad universal? ¿Y qué es la sociedad misma? La sociedad para el socialista no es más que una agrupación de hombres unidos con los tenues, variables y nada afectuosos ni siempre sinceros vínculos de economía social. Para el socialista, la economía es la ley suprema de las sociedades humanas, es su forma substancial, su alma, su vida y todo su ser, y a ella están subordinadas todas las cosas que a la sociedad y al individuo por cualquier concepto se refieran. La filosofía, la religión, la moral y el derecho y cuanto pueda ser lazo de unión entre los hombres, no tienen otra base ni punto de partida que el *estado económico* de la sociedad; y cambian, se modifican o desaparecen con las transformaciones que el estado económico experimenta.

Y, en este supuesto, A. H., ¿cómo ha de ser posible que en el estado socialista reine la verdadera *fraternidad*? La economía no tiene entrañas; es despiadada y cruel; la socialista sobre todo. Finalmente calculadora, prestará su protección y su concurso y apoyo a los individuos que sean, o puedan ser algún día, productores; a los inválidos, a los ineptos e inútiles los considerará como un estorbo, como una rémora al aumento de la producción y la riqueza, como una carga molesta y gravosa de la cual sentirá no poder librarse. De esto a presenciar impasible como, en la lucha por la vida, los



inhábiles y menos fuertes sucumben; y cómo las *leyes de la selección* siguen su curso natural, sacrificando millares de inocentes en aras del bien común, no hay más que un paso. Y este paso lo daría el estado socialista, empujado por su propia organización y sus propios principios.

Ya vimos en la primera Pastoral de esta serie que estos sentimientos inhumanos y egoístas penetraron en el organismo de las sociedades paganas acelerando su ruina, y vimos también que en nuestros días los han hecho suyos los secuaces del materialismo evolucionista, al cual se adhieren igualmente los socialistas modernos. ¿Qué clase, pues, de *fraternidad* es la que proclama el socialismo? No será ciertamente la que se funda en el sublime sentimiento de la caridad cristiana, nacido de la consideración de que todos somos hijos de un mismo Padre. Porque ¿cómo ha de arraigar este sentimiento en una sociedad que se rige exclusivamente por las leyes y los principios de una economía atea que cifra toda la felicidad social en la producción y trabajo? ¡Ay, A. H.! Apena y acongoja el pensar cuál sería, en un Estado socialista, la suerte de aquellos infelices a quienes redujese a la impotencia, inutilizándoles definitivamente para el trabajo, la ancianidad u otra cualquiera de las innumerables miserias que afligen y afligirán siempre, sea la que fuere la organización de la sociedad, a la humana especie.

Ningún lazo unirá a esos seres infortunados con esa sociedad egoísta; mirados como miembros inútiles y embarazosos del cuerpo económico-social, arrastrarían una existencia penosa y tristísima, abandonados al cuidado de manos mercenarias nada solícitas del bienestar del prójimo desvalido; no oirán jamás una palabra de consuelo, ni recibirán muestra alguna de compasión, de cariño ni de afecto.

Añadid a todo esto, A. H., que los socialistas se proponen abolir la familia, manantial inexhausto de sentimientos levantados, fecundos y expansivos que preparan el corazón para recibir las semillas del amor desinteresado y puro, raíz y origen de la fraternidad humana.

En el estado socialista desaparece la esposa y la madre y hasta la mujer, no quedando más que la hembra bajo su aspecto bestial y grosero, la cual, después de haber llenado las funciones animales de la reproducción, volvería a igualarse de nuevo y confundirse con el hombre en las restantes funciones de la vida; porque el socialismo, ya los sabéis, quiere *igualdad absoluta* sin distinción de origen, de clases ni de sexo.



Es para el socialismo un gran estorbo el nobilísimo sentimiento de la maternidad que tanto enaltece y dignifica a la mujer, y pretende arrancarlo del corazón de la madre; y, pásmese el lector, para consolarla de la violenta separación de sus hijos, le pone a la vista el ejemplo de lo que ocurre entre los seres irracionales. Oíd, si no, lo que escribe uno de los profetas del socialismo: «El animal irracional se conforma pronto, cuando se le quita su propio hijo; mucho más fácilmente deberán consolarse las mujeres que pertenecen a los animales racionales»¹² ¡Valiente ejemplo! Por sí solo basta para hacernos comprender lo que serían las utopías del socialismo, si fuese posible verlas algún día realizadas.

Hora es ya terminar, A. H., Creemos haberos demostrado que en el socialismo no se encuentra la verdadera *democracia*, porque no se encuentra en él la verdadera *libertad* ni la *igualdad* ni la *fraternidad* verdaderas.

Otro día, Dios mediante, os probaremos que tampoco se encuentra en el *anarquismo*, última y lógica derivación de la sociología atea.

Mientras tanto, recibid la bendición que os enviamos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro palacio Episcopal de Orihuela a 11 de diciembre
(3º Dominica de Adviento) de 1904

Juan, *Obispo de Orihuela.*

Por mandato de S. S, Ilma y Rvma,

el Obispo mi Señor

DR MANUEL BAÑÓN

Canónigo Srio.

¹² RICHTER, Después de la victoria del socialismo, apud Ballerini, obr.cit.cap III.